

que no demuestre esfuerzo casi visible por alcanzar la expresión perfecta. En este sentido, s6nle aplicables sus propias palabras sobre Montalvo: «Un libro suyo se puede abrir por cualquier parte, con la certeza de encontrar alguna cosa bella, original y curiosa: una palabra primorosamente puesta, un decir admirablemente burilado, o un donoso atrevimiento de dición, o un gallardo y personal arranque del estílo. Cualquier pasaje de sus obras tiene, en su mérito y rareza formales, un valor independiente del conjunto y bastante para interesar y deleitar por sí solo; como el capricho ornamental que, aún sin representación alguna de ideas ni cosas reales, es embeloso de los ojos en los relieves de un friso, en la cinceladura de una copa o en la orla de un manto».

El maestro uruguayo consagraba a su labor, nuevo Flaubert, el caudal de energías necesario para duplicar varias veces su producción. Desde sus primeros ensayos juveniles hasta sus postreros apuntes de viaje, el relieve y la pureza de la expresión, la elegancia de las cláusulas, la exactitud de los epítetos, revelan al artífice del idioma. Eran las palabras elementos preciosos para su espíritu, y las seleccionaba con amor paciente, analizando sus cualidades sonoras y cromáticas, su precisión inequívoca, su recóndita magia de sugestión y simpatía. Enlazábala luego armoniosamente en períodos musicales que él debía, sin duda, recitar en alta voz, a fin de limar las asperezas y distribuir los efectos tónicos. La mayoría de sus párrafos parece demostrar las distintas refundiciones que debieron soportar para surgir definitivamente soldados, flexibles y rítmicos. Esa lucha